



Bautismo

Las lecturas de hoy nos hablan de renacer del agua y del Espíritu. La Pascua es buen momento para pensar en el bautismo. Y también el tiempo de la pandemia puede ayudarnos a ahondar en lo que es el bautismo. El bautismo, por su parte, da esperanza a cómo vivamos la pandemia. Y es que la pandemia, como todo gran dolor, como toda crisis, es también una llamada a un cambio de vida, a volver a apreciar tantas cosas que habíamos perdido. Y el bautismo es precisamente la vida nueva en Cristo, que siempre nos está invitando a una vida más grande.

En la pandemia se nos remite que hemos de lavarnos las manos. El agua con jabón mata al virus. En el bautismo no es el agua con jabón, sino el agua unida a la palabra, la palabra de la fórmula bautismal que contiene nuestro nombre, y también el nombre del Dios revelado por Jesucristo.

El bautismo es, por un lado, un rescate de las aguas de la destrucción. Pues el agua no es solo señal de vida, sino también de muerte: las aguas del diluvio o las del mar rojo, las de una crecida que lo arrasa todo. Son las aguas de la pandemia que parece llevarse todo a su paso y nos ahoga en ella. Pero estas aguas han sido transformadas por Jesús, por el madero de su cruz, en aguas dulces. El agua del bautismo ya no es un ambiente destructor, que engulle todo como una crecida, sino un ambiente bueno, porque lleva sobre sí el nombre de Jesús. Ahora no es el ambiente que nos aísla, como a naufragos, sino el ambiente que nos unifica en la misma vida que tiene Cristo Jesús.

Así que el agua del bautismo, en la que sumergimos nuestro cuerpo, es como un nuevo cuerpo, ya no el cuerpo enfermo de Adán, que transmite su debilidad, sino el cuerpo de Cristo, que transmite o contagia un nuevo modo de vivir. Esta fuerza del agua le viene del nombre que se pronuncia sobre ella. Si el nuevo cuerpo nos recuerda un nacimiento, también el nombre recuerda un nacimiento. Pues el nombre significa que pertenecemos a una familia y a la historia de una familia; indica que hemos recibido la vida, pues es un nombre que otros nos imponen; y el nombre abre también el horizonte del futuro, pues nos indica nuestra misión. En el bautismo sucede que nuestro nombre queda unido para siempre al nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, al nombre del Dios revelado por Jesús. Y así, este nacimiento, no es un nacimiento viejo, que está abocado a la muerte, pues nuestros padres nunca consiguen darnos un nombre indestructible, sino que ahora es un nacimiento nuevo.

En medio de la pandemia, donde parece reinar la muerte, el bautismo nos habla del nacimiento. También durante esta pandemia siguen naciendo niños, que llevan consigo la novedad del futuro. Pues bien, esta novedad está dentro de nosotros, como bautizados, que cada día renacemos al futuro de Cristo.

Pues el bautismo no es solo un recuerdo de algo que ha pasado. Al contrario, es como un sello que ha marcado nuestra vida. No es un poco de agua que nos lavó, pero que luego dejó ya de actuar sobre nosotros, sino más bien una fuente que se nos regala, una fuente que mana continuamente, y continuamente canta su esperanza de novedad en este mundo que el virus quiere envejecer. Así el bautismo, uniéndonos a Cristo resucitado, nos regala la inmunidad última ante toda amenaza de muerte. ¡Somos inmunes!